



La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura



Texto original en inglés de William Shakespeare  
© de la adaptación: Pasqual Alapont  
© de la traducción: Josep Alapont  
Ilustración de cubierta: Fernando Vicente  
Revisión: Lupe Rodríguez Santizo

© de esta edición: Andana Editorial, 2026  
Av. Aureli Guaita Martorell, 18  
46220 Picassent  
andana@andana.net  
www.andana.net

1.ª edición: marzo de 2026  
ISBN: 979-13-87883-37-9  
Depósito legal: V-883-2026  
Impreso en Gràfiques Martí



Prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de este libro en ninguna forma ni medio sin la autorización escrita del editor. En caso de necesitar fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, dirijase a Cedro (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Romeo  
y  
Julieta



# Prólogo

## Vigencia de un clásico



*Romeo y Julieta* es una de las obras de William Shakespeare más representadas y versionadas de todos los tiempos. Se han realizado infinidad de versiones en toda clase de formatos (teatro, cine y música). La tragedia de los enamorados de Verona que escribió el autor inglés era ya, de hecho, una versión. La historia de dos amantes enfrentados por el odio de sus familias provenía de fuentes grecolatinas; en esencia, este era el tema de Píramo y Tisbe que relata el poeta romano Ovidio en *Las metamorfosis*, incluido el suicidio de los amantes. Pero el argumento definitivo empieza a tomar forma en pleno Renacimiento, donde aparecen ya las familias rivales de los Montesco y los Capuleto, y donde surge también la escenografía de la ciudad de Verona. William Shakespeare bebió de esas fuentes para componer su popular tragedia, escrita y estrenada alrededor de 1594-1595.

Pero ¿quién era William Shakespeare? Poco se sabe de su vida. Algunos indicios lo sitúan en Stratford-upon-Avon, donde fue bautizado el 23 de abril de 1564. Se cree que era hijo de un comerciante acomodado, y se supone que estudió en la escuela de su pueblo, donde debió seguir cursos de gramática latina, como era costumbre entonces. Allí debió familiarizarse con la obra de autores como Ovidio, mencionado antes. Más tarde, a los dieciocho años, se casó con Anne Hathaway, con la que tuvo tres hijos. Pero muy pronto las crónicas lo sitúan en Londres, adonde partió a buscarse la vida. Allí trabajó en un teatro, al principio en tareas subalternas. A diferencia, pues, de la mayoría de los dramaturgos de su época, que provenían del medio universitario, Shakespeare debió aprender el oficio teatral a pie de escenario, primero como actor y después como escritor, atento al gusto del público que acudía en masa a los teatros. Quizá por eso, y por la circunstancia de que no firmó ninguna de sus obras, ha surgido alguna controversia sobre si fue el autor de todos los textos que se le atribuyen, si alguien con su bagaje cultural y su experiencia vital podía haber creado la diversidad de situaciones, de personajes y, sobre todo, la riqueza del lenguaje que caracteriza la obra de Shakespeare. Pero más allá de las especulaciones, lo cierto es que pocos años después de su muerte se publicó con su nombre un repertorio de 36 obras entre tragedias, comedias y dramas históricos que constituyen el conjunto conocido de su obra teatral y que dan la talla de quien fue, si no el mayor dramaturgo del teatro isabelino, al menos quien más ha perdurado en el tiempo.

*Romeo y Julieta* se enmarca de lleno en el género de la tragedia en lo que concierne al destino fatal de los protagonistas y en cuanto al asunto que trata, pero como pasa en algunas obras de Shakespeare, esta pieza se resiste a encajarse en un solo género. El tema de *Romeo y Julieta* es obviamente el amor, el amor en todas sus manifestaciones, del amor ideal y el amor apasionado al amor convencional y el concertado. La historia de los amantes, de su amor imposible y trágico, se enmarca en un contexto más general, el odio entre los Capuleto y los Montesco, y en cómo la rivalidad entre estas dos familias enturbia la convivencia en la ciudad de Verona. No es baladí que la obra empiece con una presentación del conflicto y acabe con una sentencia del príncipe Escalo que tiene un tono de lección ejemplar, como una advertencia para los ciudadanos, un antídoto en favor de la paz social. Por eso no resulta extraño que tantísimas versiones modernas se hayan visto tentadas de efectuar adaptaciones que resaltan determinados conflictos entre bandas, clases sociales opuestas o comunidades nacionales enfrentadas.

La tesis fundamental de *Romeo y Julieta* incide en que solo el amor es capaz de acabar con el odio, pero el precio, a menudo, es la muerte. Sin embargo, el tono de *Romeo y Julieta* está revestido de elementos de comedia que se entremezclan entre los momentos más trágicos. Esta manera de componer es característica del teatro de Shakespeare, que juega con las fronteras de los géneros de manera poco canónica. A veces el drama es precedido por una escena divertida, como la conversación entre Benvolio y Mercucio antes del duelo fatal de

este con Teobaldo, y a veces se sigue de un anticlímax, como el chismorreo entre los músicos y el criado Pedro después de la aparente muerte de Julieta. Sin duda se trata de efectos. Ya hemos dicho que, en la época del teatro isabelino, correspondiente al reinado de la reina Isabel I (1558-1603), conocido como uno de los periodos gloriosos de las letras inglesas, la gente acudía en masa a los teatros, y era un entretenimiento para estamentos sociales muy diferentes. A menudo los espectadores seguían la representación de pie, casi siempre a plena luz del día, y había que atraer su atención a lo que ocurría en escena. Pero es más que un efecto. El contraste entre tragedia y comedia aporta una dimensión de realidad. Porque, además, estas escenas son el contrapunto de la melodía principal, subrayan la futilidad de la vida y la manera en que estamos todos sometidos a lo imprevisible.

Así como la calidad de dos cocineros se conoce por el manejo diverso de unos mismos ingredientes, se puede afirmar que Shakespeare destacó en un argumento que formaba parte de la tradición literaria, y ello se debe a la tensión dramática que supo imprimir al texto en una vertiginosa sucesión de escenas, y, sobre todo, al lenguaje, al dominio de los diferentes registros lingüísticos que emplean los personajes y que los definen, y a la manera con que los mismos personajes se expresan según de qué y con quién hablan. Pocas escenas resultan tan verosímiles a nuestro oído como el rapapolvo de los padres de Julieta cuando esta se niega a casarse; puede apreciarse la tensión del señor Capuleto, personaje en lo más alto de la pirámide social, cuando rompe con

las normas de la etiqueta y se pone hecho un energúmeno. Podían entenderlo los contemporáneos de Shakespeare, y podemos entenderlo nosotros. Esto, junto a escenas de exaltación amorosa que se encuentran en la cúspide de la lírica de todos los tiempos, de la retórica sublime de Mercucio o de escenas entre pajes que se disputan como fanfarrones, de las maneras de un hombre de iglesia culto y del alegre chismorreo de una nodriza que se expresa con el lenguaje del pueblo llano. Por medio del lenguaje, y eso es lo que lo hace único entre sus contemporáneos, Shakespeare nos introduce en la psicología de los personajes.

Quizá algunas costumbres nos resulten chocantes hoy día cuando leemos *Romeo y Julieta*. Está claro que muchas de las convenciones sociales de entonces son muy diferentes a las nuestras, pero la obra de Shakespeare continúa interpe-lándonos a través del tiempo y nos hace reflexionar sobre el amor y sobre el odio.

*Romeo y Julieta* alterna, en su composición, el verso con rima, la prosa y el verso blanco. En nuestra versión hemos optado por el registro propio de la novela, la prosa, y ofrecemos la lectura de un clásico de la escena fuera de su medio habitual, pero sin renunciar a la musicalidad que emana de sus frases y a la teatralidad de los diálogos, que es la fuerza primordial de la obra. Hemos procurado recrear las atmósferas en que se mueven los personajes a partir de los indicios que aparecen en la obra. De hecho, estas referencias implícitas en el texto son características del teatro de la época, que no contaba con grandes recursos escenográficos, y los perso-

najes solo disponían del vestuario para mostrar su condición. Así pues, muchas de las referencias de contexto geográfico o temporal están determinadas por el mismo texto original. Con todo, hemos querido que nuestra versión de *Romeo y Julieta* sea fiel al espíritu y a la letra de su creador y que la lectura os resulte placentera.

Pasqual Alapont

# Theatre Royal in *Drury-Lane,*

This present *Thursday,* being the 4th of *October,*  
Will be presented a P L A Y, call'd

## *ROMEO* and *JULIET.*

*Romeo* by Mr. GARRICK,

*Escalus* by Mr. BRANSBY,

*Capulet* by Mr. BERRY,

*Paris* by Mr. LACEY,

*Benvolio* by Mr. MOZEN,

*Montague* by Mr. BURTON,

*Tibalt* by Mr. BLAKES,

*Fryar Lawrence* by Mr. HAVARD,

*Mercutio* by Mr. WOODWARD,

*Lady Capulet* by Mrs. BENNET,

*Nurse* by Mrs. JAMES,

*Juliet* by Mrs. CIBBER.

With the ADDITIONAL SCENE Representing

## The Funeral PROCESSION

### To the MONUMENT of the CAPULETS.

The VOCAL PARTS by

Mr. Beard, Mr. Wilder, Mr. Vernon, &c.

In Act I. a *Masquerade Dance* proper to the Play.

To which will be added a FARCE, call'd

## The LYING VALET.

*Sharp* by Mr. YATES,

*Gayless* by Mr. BLAKES,

*Melissa* by Mrs. BENNET.

*Kitty Pry* by Miss MINORS.

Boxes 5s. Pit 3s. First Gallery 2s. Upper Gallery 1s.

PLACES for the Boxes to be had of Mr. VARNÉY, at the Stage-door of the Theatre.

To begin exactly at Six o'Clock.

*Vivat REX.*

Romeo  
y  
Julietta

William Shakespeare

en versión novelada de  
**Pasqual Alapont**



## El odio en las calles

En la bella ciudad de Verona vivían enfrentadas dos familias de condición y categoría semejantes, los Montesco y los Capuleto. Su antipatía venía de lejos, pero los enfrentamientos continuaban y teñían de sangre las manos de los ciudadanos. De aquellos linajes rivales nacieron dos amantes bajo una mala estrella. Solo su muerte puso fin a las disputas de sus padres. Prestad atención y conoceréis la historia de su trágico amor.

Un domingo por la mañana dos sirvientes de los Capuleto, Sansón y Gregorio, se acercaron a la plaza pública de Verona, iban armados con espadas y escudos y andaban con ganas de meterse en líos.

—Te lo juro, amigo, si nos buscan las cosquillas, nos encontrarán —dijo Sansón.

—Nosotros no nos arrugamos fácilmente —respondió Gregorio.

—Y si nos provocan... nos la sacaremos. ¡La espada, quiero decir! —exclamó Sansón.

—Procura no sacarla del todo, solo la punta, por si acaso —puntualizó Gregorio, descarado.

Se echaron a reír, habían bebido más de la cuenta y tenían la lengua larga.

—Es ver a un perro de los Montesco, y me revuelvo.

—Revolverse nunca, que pensarán que quieres huir. Es mejor plantarse firme.

—Firme y contra la pared, no retrocederé un paso ante nadie, sea doncella o doncel.

—Eso es de cobardes, solo los débiles se arriman a la pared.

—Tienes razón, y por eso las mujeres siempre se ponen a cubierto. Mejor, pues a los hombres de los Montesco los sacaré a palos de la acera, y a sus mozas, las meteré hacia dentro —dijo Sansón con los ojos llenos de lujuria.

—Sí, que la pugna es entre nuestros amos y nosotros, sus criados.

—Te aseguro que no me andaré con miramientos. Cuando haya terminado con los hombres, seré cruel con sus vírgenes y les quitaré el velo.

—¿El velo?

—El velo de arriba o el velo de abajo, tómallo como quieras.

—Ellas se lo tomarán tal como lo sentirán.

—Tranquilo, no se me arrugará la carne.

—Más vale carne que pescado, que no hay cosa más tierna que la carne de pierna. Y cuidado, saca la herramienta que se acerca el enemigo.

No lejos de allí, llegaban por la acera Abraham y Baltasar, dos criados de los Montesco.

—Tengo el arma a punto —murmuró Sansón—. Ataca, que yo te cubro la espalda.

—¿Cómo! ¿Te pones detrás de mí? ¿Para huir?

—No te preocupes por mí.

—Es por mí por quien me preocupo —se quejó Gregorio.

—Bueno, tengamos la ley de nuestro lado, que empiecen ellos.

—¡Eso! Frunciré el ceño y que ellos lo interpreten como quieran.

—O como puedan. Y yo les enseñaré el dedo del medio, a ver si les da gustito o se cagan del susto.

Dicho y hecho, al pasar los criados de los Montesco, Sansón les hizo un gesto y Abraham reaccionó de mala manera:

—¿Ese dedito es por nosotros, señor?

Sansón se giró hacia Gregorio y le susurró:

—¿La ley está de nuestra parte si digo que sí?

—No —respondió el compañero.

Entonces Sansón se abalanzó sobre Abraham y, con aire fanfarrón, le soltó:

—Solo estoy comprobando si hace viento, señor. ¿Hay algún problema, señor?

—¿Que buscáis bronca, señor? —contestó Gregorio.

—¿Buscar bronca, señor? —exclamó Abrahán—. ¿Me tomáis por un camorrista, señor?

—Si se trata de eso, aquí me tenéis, señor —dijo Sansón—. Mi señor es tan bueno como el vuestro.

—Pero no mejor.

—¡Más o menos, señor!

Mientras tanto, por la parte de abajo llegaba Benvolio, de la casa de los Montesco, y por la parte de arriba, Teobaldo, caballero de los Capuleto. Gregorio se dio cuenta y avisó a Sansón:

—Di que es mejor, que por allí viene un pariente del amo. Entonces, Sansón levantó la cresta y se envalentonó:

—Y tanto que es mejor, señor.

—¡Mentira!

—¡Desenvainad, si sois hombres! —exclamó Sansón, y, en voz baja, advirtió a su compañero Gregorio—: Recuerda tu golpe secreto.

Los cuatro contendientes se embistieron y los aceros chocaron en el aire. Al oírlos, Benvolio corrió hacia ellos, sacó la espada y se puso en medio:

—¡Imbéciles, separaos! —gritó—. ¡Enfundad las espadas, no sabéis lo que hacéis!

Y en ese momento, del otro lado, llegó Teobaldo:

—¿Qué es esto? Date la vuelta, Benvolio, y prepárate para morir.

—Estoy tratando de poner paz —se defendió el primero—. Enfunda la espada o haz como yo y ayúdame a separarlos.

—¿Hablas de paz con la espada en la mano? Odio esa palabra tanto como odio el infierno, y como te odio a ti y al resto de los Montesco. ¡En guardia, cobarde!

Al oír el ruido de las espadas se acercó mucha gente que se sumó a la lucha, unos eran partidarios de los Montesco, otros de los Capuleto, pero también acudió un grupo de ciudadanos libres armados con palos y alabardas que estaban hartos de las trifulcas constantes que desde hacía tanto tiempo perturbaban la paz de la ciudad. La disputa tenía lugar no lejos del palacio de los Capuleto, y el griterío debió de llegar a oídos de su patriarca, que salió a toda prisa y en bata de andar por casa, seguido de su mujer.

—¿Qué es este alboroto? ¡Traedme mi espada! —ordenó el viejo Capuleto.

—¿Adónde crees que vas con la espada? —gritó su mujer—. Un bastón es lo que necesitas.

—La espada, he dicho, que el viejo Montesco viene hacia mí.

Y en efecto, el patriarca de la familia rival llegaba blandiendo su acero. Pero su mujer también iba tras él y le agarraba del faldón.

—¡Maldito Capuleto! ¡Déjame, que lo haré picadillo!

—¡Atrás! No darás ni un paso contra tu enemigo.

Así las cosas, y atraído por el alboroto, llegó el príncipe Escalo, acompañado por su séquito. Su autoridad era indiscutible en la ciudad y todo el mundo le tenía respeto. Se plantó furioso en medio de los contendientes y, bajo amenaza de tortura, obligó a todo el mundo a deponer las armas.

—¿Es que no aprenderéis nunca, súbditos rebeldes? ¿Qué sois, hombres o bestias? Siempre resolviendo vuestras que-  
rellas con la espada en la mano y calmando vuestra rabia  
con la sangre de vuestros vecinos. Capuleto, Montesco, tres  
veces habéis perturbado ya las calles de Verona con vuestras  
disputas, y no consentiré más altercados. Así que dejad las  
armas y marchaos en paz, porque si volvéis a alterar el orden  
de la ciudad, lo pagaréis con vuestra vida.

Acto seguido el príncipe convocó por separado a los dos  
jefes rivales para investigar qué había ocurrido y estudiar  
cómo podían alcanzar un acuerdo. Poco a poco la gente se  
dispersó. Solo quedaron en la plaza el patriarca de los Mon-  
tesco, que tenía una cita con el príncipe por la tarde, su mu-  
jer y Benvolio.

—Explícanos qué ha sucedido, sobrino —quiso saber  
Montesco—. ¿Cómo ha empezado la pelea?

—Cuando he llegado, vuestros criados y los de los Ca-  
puleto estaban enzarzados. He intentado separarlos, y, de re-  
pente, ha aparecido Teobaldo hecho un energúmeno, espada  
en mano, y se ha abalanzado sobre mí a la vez que me insulta-  
ba. Hemos intercambiado fintas y golpes, y, en un instante,  
se ha congregado un montón de gente alrededor, hasta que  
ha llegado el príncipe y nos ha separado.

—¿Y Romeo? —preguntó la señora Montesco con gesto  
de preocupación—. ¿No lo has visto hoy? Me alegro de que  
no se haya metido en este lío.

—Señora, poco antes del amanecer, yo había salido a dar  
una vuelta por el campo porque me sentía abatido, y en eso

que, por el lado de poniente, vi a Romeo caminar entre los  
sicómoros, tan ensimismado como yo. Me acerqué, pero él  
me vio y se fue disimuladamente entre los árboles. Supuse  
que, como yo, debía de tener necesidad de estar solo, lo dejé  
estar y seguí mi camino.

—Allá lo han visto más de una mañana, sí —se lamentó  
Montesco—, dicen que iba suspirando y acrecentando con  
sus lágrimas el rocío de la mañana. Pero, al salir el sol, se  
encierra en su habitación y se queda a oscuras. ¡Quién puede  
entender tan extraña melancolía!

—¿No sabéis lo que le ocurre? —preguntó Benvolio.

—No sé nada, por más que lo haya hablado con unos y  
con otros, se encierra en sí mismo y se deja roer por dentro  
como el gusano que se come el capullo de una flor antes de  
que pueda desplegar sus pétalos. Mal terminará si nadie des-  
cubre la causa de su dolor y le pone remedio.

Justo en ese momento, Romeo llegaba a la plaza.

—No os preocupéis, tío —dijo Benvolio—, por allá viene  
vuestro hijo. Dejadnos solos y trataré de adivinar la causa de  
su dolor.

—A ver si tú, con más tacto, consigues que se sincere.

Dicho eso, el señor y la señora Montesco se marcharon,  
y Romeo llegó, absorto en sus pensamientos.

—¿Adónde vas tan pronto, primo? —lo saludó Benvolio.

—¿Tan pronto es todavía?

—Acaban de dar las nueve.

—¡Qué largas se hacen las horas que tristes son! —suspi-  
ró Romeo—. ¿Aquellos son mis padres?

—Se acaban de ir. Pero ¿qué tristeza te alarga las horas?  
—quiso saber Benvolio.

—No tener lo que las haría más breves.

—¿Enamorado?

—Cansado.

—¿De amar?

—De no ser correspondido por quien me ha robado el corazón.

—Ay —suspiró Benvolio—, qué lástima que el amor sea tan dulce en apariencia y haga sufrir tanto.

—Me gustaría saber cómo consigue el Amor, con los ojos vendados, acertar su dardo donde desea. —Romeo sonrió malicioso y cambió de tema —: ¿Dónde comemos hoy, primo? —De pronto, se percató de los signos de la lucha en el suelo—. Pero ¿qué ha ocurrido aquí? No digas nada, puedo imaginármelo. Qué poderoso es el odio. Pero aún lo es más el amor. ¡Ay, el amor pendenciero! El odio amoroso, que se enciende por nada. ¡Pesada ligereza, seria frivolidad, todo es un caos y, a la vez, tan espléndido! Pluma de plomo, humo resplandeciente, frío fuego, salud enferma, sueño despierto, que es y a la vez no es. Este es el amor que siento, amor no correspondido. ¿Te parece gracioso?

—No, más bien me dan ganas de llorar —dijo Benvolio irónicamente.

—Amigo mío, y eso ¿por qué?

—Por las penas que oprimen tu buen corazón.

—¿Qué le vamos a hacer? Son las penas del amor. Ya son bastante pesadas, y ahora tu amistad me lo pone más difícil,

porque tus congojas aumentan las mías. El amor es el humo que nace de nuestros suspiros, si se aviva se convierte en fuego en los ojos de los amantes, pero si es contrariado, se deshace en un mar de lágrimas. ¿Qué más puedo decirte? Que es una locura muy sabia, una amargura muy dulce y un bálsamo que escuece. Hasta más ver.

—Espera, voy contigo.

—Ven conmigo, si quieres, pero mi pensamiento está en otra parte.

Benvolio fue tras Romeo y continuó sonsacándolo.

—Basta de rodeos, dime, ¿a quién amas?

—Sin rodeos, primo, yo amo... a una mujer.

—Una mujer, claro, lo suponía.

—Y supones bien, es una mujer de buen ver.

—Si es guapa, es más fácil de suponer.

—Eso da igual, porque esta mujer es como Diana, la diosa cazadora, y se defiende de las flechas del amor con la coraza de la castidad. No se ablanda con palabras ni halagos, ni se deja cautivar por las miradas más apasionadas. Ni hace caso tampoco de las riquezas que harían temblar a una santa. Es preciosa, en eso es la más rica, pero también muy pobre, porque al morir su belleza se perderá.

—¿Ha hecho voto de castidad?

—Sí, y tanta avaricia es un despilfarro, porque no tendrá descendencia. Es tan bella como su nombre, Rosalinda, pero también es demasiado sensata para ganarse el cielo consolándome a mí, y por eso estoy tan triste y voy por el mundo como un muerto viviente.

—Hazme caso y deja de pensar en ella.  
—Enséñame cómo se hace.  
—Concede a tus ojos la libertad de contemplar otras bellezas.

—Eso no hará más que aumentar la suya. Los antifaces negros que besan la piel de las bellas mujeres nos hacen desear la blancura que esconden. Un ciego no pierde nunca el recuerdo del tesoro que ha perdido. No puedes enseñarme a olvidar, Benvolio.

Romeo se despidió de su primo, pero este fue tras él. Se proponía acompañarlo y hacer todo lo posible para que olvidara sus penas.



## La fiesta de los Capuleto

Más tarde, cerca de allí, el señor Capuleto, acompañado por un criado, se encontró con el noble Paris, y se pusieron a hablar sobre lo sucedido aquella mañana y de la entrevista que el primero había mantenido con el príncipe de Verona.

—El señor Montesco y yo tenemos las mismas obligaciones, creo que no debería ser tan difícil que dos ancianos como nosotros pudiesen vivir en paz —se lamentó Capuleto.

—Sí, los dos sois personas honorables, es una lástima que no os pongáis de acuerdo —respondió Paris, que, de hecho, era pariente del príncipe y conocía la larga enemistad entre ambas familias.

Pero había otra cuestión que preocupaba a Paris. Capuleto tenía una hija, Julieta, y aprovechó el momento para

manifestar su intención de hacerle la corte. El patriarca se sintió honrado por aquel interés, pero mostró alguna reticencia.

—Mi hija tiene poca experiencia de la vida, aún no ha cumplido los catorce años. Dejemos que pasen dos veranos y entonces estará madura para casarse.

—Las hay más jóvenes que ya son madres felices.

—Y jóvenes se han marchitado. No tengo otra hija y ella es mi única heredera. Pero Paris, amigo, cortejadla y ganaos su corazón. Si ella dice que sí, estaré muy feliz de dar mi consentimiento. Esta noche, como manda la tradición, doy una fiesta, y vendrán unos cuantos amigos. Venid y contemplad las beldades que bailarán en mi casa y que serán la envidia del cielo. Venid y disfrutad del goce de la juventud cuando llega la primavera. Mi hija será una más entre todas las flores. Venid y escoged a la que os parezca más digna de amor.

Acto seguido se dirigió a su criado, el cual se había adormilado, y le entregó un papel:

—Y tú, piltrafa, busca las casas de los nombres de esta lista y diles que los espero esta noche en mi fiesta, que serán bienvenidos.

Dicho eso se fue en compañía de Paris y el criado se quedó como un pasmarote. Aquellos signos escritos en el papel eran para él garabatos imposibles de entender. Era el mundo al revés, como si a un pintor le hubiesen dado una red de pescar y unos pinceles a un pescador. Lo que le hacía falta era encontrar a un entendido en la materia que lo sacase de aquel aprieto. Y mira por dónde, como caídos del cielo, llegaban unos señores que tenían aspecto de saber de letra. Eran

Romeo y Benvolio, que continuaba intentando convencer a su primo.

—Ea, que un fuego se apaga con otro fuego y un dolor se calma con otro dolor. Dale vueltas como una peonza hasta perder los sentidos, Romeo, y si te mareas, rueda al revés, que una preocupación nueva hace desaparecer a las viejas.

—Para eso es mucho mejor una piel de plátano —respondió Romeo.

—¿Mejor para qué?

—Para romperse una pierna.

—Estás loco de atar, amigo mío.

—No del todo, pero más atado que si estuviese loco, encerrado en una prisión y privado de comida, azotado y desesperado. —De pronto, Romeo se dio cuenta de que alguien quería hablar con ellos—. ¿Qué pasa? ¿Qué quieres, mozo?

Era el criado de los Capuleto que, con toda clase de miramientos, les preguntó:

—Santas y buenas horas, señor. ¿Sabéis leer?

—Sí —respondió Romeo—, puedo leer mi destino caminando a la desventura.

—Me parece que eso no hace falta aprenderlo en los libros. Pero ¿seríais capaz de leer letras con solo mirarlas?

—Si conozco la lengua en la que están escritas, sí.

El criado pensó que le estaba tomando el pelo y les dijo adiós.

—Muy buena respuesta, que sigáis tan alegres, señores.

—Espera, hombre —lo retuvo Romeo, y cogió la nota que llevaba en las manos y empezó a leer en voz alta—: «El señor

Martino, mujer e hijas; el conde Anselmo y sus simpáticas hermanas; la señora viuda de Vitrubio; el señor Placentio y sus bellas sobrinas; Mercucio y su hermano Valentín; mi tío Capuleto, esposa e hijas; mi buena sobrina Rosalinda y Livia; el señor Valentio y su primo Teobaldo; Lucio y la alegre Elena.» —Romeo levantó la vista del papel y dijo—: Una concurrencia resplandeciente. ¿Dónde tiene que encontrarse toda esta gente?

—Allá arriba —respondió el criado.

—¿Allá arriba dónde es? —insistió Romeo.

—En nuestra casa, para cenar.

—¿En casa de quién?

—De mi amo.

—¡Buena respuesta! Tendría que haber empezado por aquí.

—Pues os lo diré sin que me preguntéis: mi señor es el muy noble Capuleto, y si no sois de la casa de los Montesco, os pido que vengáis a tomar una copa de vino. Hasta más ver, ¡adiós!

Cuando se hubo ido el criado, Benvolio tomó la palabra:

—En esta fiesta de los Capuleto estará tu adorada Rosalinda y las mujeres más guapas de Verona. Vayamos, y compara su rostro con el de las demás. Ya veremos si, tras este examen, tu cisne adorado no se transforma en un cuervo.

—Si la fe devota de mis ojos acepta tal falsedad, que mis lágrimas se conviertan en llamas, y que estos ojos, que no paran de llorar, sean condenados por traidores. ¡Alguien más bella que mi amada! —exclamó Romeo—. Ni el sol, que sale

cada día y que lo ve todo, ha visto a alguien igual desde el origen de los tiempos. Iré a la fiesta, pero no para descubrir ninguna maravilla, sino para alegrar la vista con aquella que me ha robado el corazón.

Mientras tanto, en el palacio de los Capuleto, la señora de la casa buscaba a Julieta, pero no la encontraba, y pidió a la nodriza que avisase a su hija, que quería hablar con ella. La nodriza no paraba de hacer aspavientos, iba de aquí para allá, refunfuñando todo el tiempo:

—¡Como me llamo Angélica que la he avisado, señora! ¿Dónde está mi corderito? ¡Dios no quiera que le haya pasado algo! ¿Dónde estará esta niña? ¡Pita! ¡Pita! ¡Julieta!

En eso llegó la joven.

—¿Qué ocurre? ¿Quién me llama? —preguntó.

—Vuestra madre —respondió la nodriza.

—Aquí estoy —dijo Julieta dirigiéndose a su madre—. ¿Qué queréis?

La señora Capuleto se frotó las manos, como si le costase hablar.

—Verás, el caso es que... —Entonces se dio cuenta de que la nodriza estaba escuchando y le pidió que se fuera, que tenía que hablar a solas con su hija, pero después cambió de parecer—: Es mejor que te quedes y que lo escuches todo, al fin y al cabo, tú sabes mejor que nadie que Julieta ya es mayorcita.

—Os puedo decir su edad y no me equivocaría ni en un minuto.

—Todavía no ha cumplido los catorce —puntualizó la señora Capuleto.

La nodriza cerró los ojos y sonrió:

—Me apostaría catorce dientes, si no fuese porque solo me quedan cuatro. ¿Cuánto queda para la Fiesta del Pan de principios de agosto?

—Un par de semanas más o menos.

—Pues, más o menos, la víspera de la fiesta, al atardecer, cumpliré los catorce. Ella y Susana tenían la misma edad. A mi Susana se la llevó nuestro señor. —La nodriza se santiguó—. Se ve que era demasiado buena para mí. Bueno, como decía, la víspera de la Fiesta del Pan cumpliré catorce años. ¡Cómo pasa el tiempo! Me acuerdo muy bien. Hace ya once años del terremoto, y justo aquel día la desteté. ¡Recuerdo que tuve que untarme la teta con zumo de absenta! Estaba tendida al sol, debajo del palomar, los señores estabais en Mantua, que mira que tengo memoria, ¿eh? Pero como iba diciendo, cuando la niña probó el pezón untado de esa planta amarga, ay, pobre criatura, ¡si la hubieseis visto enfadarse con la teta! Y el palomar, que de repente se viene abajo, ¡y yo que salgo corriendo! Y desde aquel momento han pasado diez años, que ella ya se ponía de pie. Qué digo de pie, Virgen Santa, si era un terremoto, todo el día a trompicones, que el día de antes incluso se había hecho un chichón en la frente, y mi marido, pobre, que Dios lo tenga en su gloria, que era muy bromista, la levantó del suelo. «Ea, que te has caído de morros», le dijo, «cuando seas más mayor caerás de espaldas, ¿a que sí, Julita?» Y Santa María, la muy pilla, que deja de

llorar y dice toda seria: «zí». Y veremos si al cabo del tiempo no se cumplirá aquella profecía. Ni que viviese mil años me olvidaría. «¿A que sí, Julieta?», y la muy pilla que deja de llorar y dice: «zí».

—No parlotees tanto —la interrumpió la señora Capuleto.

—Sí, señora, pero es que aún me hace gracia, cuando se paró en seco y dijo: «zí», y eso que se había hecho un chichón tan grande como un huevo de gallina, un golpe fuerte, y no paraba de llorar. Y mi marido que va y le dice: Ea, que te has caído de morros. Cuando seas mayor te caerás de espaldas, ¿a que sí, Julita?» Y ella, que se para en seco y dice: «zí».

—Para ya, mujer, por favor —pidió Julieta.

—¡Punto en boca! Ay, que Dios te bendiga, eres la niña más bonita que he criado. Y si vivo suficiente para verte casada, ya me puedo morir.

—De bodas quería justamente hablarte, Julieta. Dime, ¿qué te parecería la idea de casarte? —preguntó la madre.

—Ni en sueños he pensado todavía en un honor tan grande.

—Un honor, ¡mira que es lista! —La nodriza sonrió orgullosa—. Si no hubiese sido yo tu ama de leche, diría que has mamado sabiduría.

La señora Capuleto ignoró el comentario y continuó hablando con su hija:

—Ya va siendo hora de pensar en eso, que damas más jóvenes que tú, y muy bien educadas, ya son madres en Verona. Yo misma, si no me equivoco, te tuve a una edad en la